

Libro de horas de Beirut

 lalineadelhorizonte.com/revista/libro-de-horas-de-beirut/

Una ciudad ajena provoca particulares estados de ánimo, y si se trata de Beirut, con su pasión por el espíritu y con sus heridas abiertas, la experiencia puede dejar huella, como demuestra el dietario de Amador Vega. Un vuelo del pensamiento en su viaje de ida y vuelta a las regiones del interior.

12 de febrero de 2015

Hay una suerte inmensa en el hecho de que algunos escritores, poetas y filósofos nos deleiten de vez en cuando con la escritura de esa experiencia de extrañamiento que es ir o vivir temporalmente en otro lugar. En el tránsito a ese otro lugar, en “la urgencia por salir y encontrarnos de nuevo indigentes” en un espacio infrecuente, es donde se abre el apetito de la percepción y donde la experiencia adquiere volumen. Además de la valía evidente de su contenido, este **Libro de Horas de Beirut**, del filósofo y experto en mística occidental **Amador Vega**, es un ejercicio particularmente atractivo de escritura. “La escritura —dice el autor—, es lo que permite el cambio de lo que William James llamó ‘el centro emocional’”. Si además la practica alguien que entiende la filosofía, también como género literario, y si además incurre en un género prestado para la ocasión, como es el de la **narrativa de viajes**, el resultado puede ser tan hermoso y regenerador como este libro. Es regenerador porque lo practica alguien ajeno al hábito de la escritura de viajes, libre de sus lugares comunes, sus cánones y sus fórmulas trilladas; por eso lo ilumina desde otra mirada, o desde otra conciencia instigada por las emociones y el pensamiento. Estamos de suerte.

Amador Vega, catedrático de Estética de la Pompeu Fabra de Barcelona, viaja a Beirut en 2010 por tres meses. Ya ha vivido en otras ocasiones en esta ciudad, pero esta vez lo hará para dictar un curso en la Université Saint Joseph de Beirut sobre **Ramon LLull**, o Raimundo Lulio, el filósofo, poeta, místico y escritor medieval de origen mallorquín, que hablaba tres lenguas, latín, catalán y árabe, y vivió en París, Roma, Montpellier, Barcelona, Génova, Pisa, Mesina, Túnez, incluso viajó por Chipre y Argelia. Escribió más de doscientos libros sobre una gran variedad de materias: mística, gramática, educación, novelas, ciencia, filosofía... Vega es un reputado especialista en la obra de este pensador mallorquín a quien ya le dedicó *Raimundo Lulio y el secreto de la vida* (Siruela, 2002). El curso se abre con una lectura detenida de *Libre d'amic e Amat*, del cual se conserva una traducción francesa en la Biblioteca de esa universidad. Es un texto singular, autobiográfico, que LLull escribió pasados los ochenta años y que dictó a

los monjes cartujos de la abadía de Vauvert. También se revisa otras de sus obras en este curso, como el *Libre del gentil e dels tres savis*, un auténtico “diálogo de religiones”, como apostilla Vega. Parece una gran excusa para dejarse llevar en esos días por exploraciones meditabundas de toda índole, como así ocurre.



Craigfinlay, Flickr.

Pronto el motivo central de su estancia en Beirut pasa a segundo plano y el libro inicia un vagabundeo dictado por ese estar fuera de lo habitual, en un abandono pasajero de lo propio; en un tiempo proustiano suspendido, “el tiempo de la vida que pasa, no emitir juicios, simplemente observar, en otros lugares, en otras lenguas, pisar otras calles, no pensar nada ante otro mar, cansarse en otras montañas. Un vaciado de las densidades agolpadas, la interrupción de las mismas voces, la ausencia de quienes te sostienen y te atienden, te escuchan y te aman”. Aquí se inicia un relato de momentos, pensamientos y pequeños sucesos de esos días que componen un fresco con varios niveles de lectura, pues tan pronto nos adentra en el sentido de la mística, “un ir a contracorriente” —con esta cita Heideggeriana que utiliza a menudo: “Un fenómeno de la mística debe ser asumido y comprendido como contramovimiento elemental”— y en figuras como San Juan de la Cruz, Simeón el Estilita y el propio LLull, como nos envuelve en la melancolía de la extrañeza, la de habitar por un tiempo un lugar ajeno, en una idea de lo *oriental* que tal vez experimentaron otros viajeros, singularmente **Hester Stanhope** en su retiro en el Chouf, **Gerard de Nerval** o **Gustave Flaubert** a su

paso por ese oriente, que tal vez sólo fuera entonces un artificio del deseo y todavía hoy “una idea y una pasión que busca acabar con un estado de disgusto permanente”, según nos confesará el autor en otro momento.

Pero además está **Beirut, una ciudad que lucha contra sí misma desde hace más de treinta años y aún no ha conseguido cicatrizar sus heridas de guerra**, pero convive con sus fantasmas en cada rincón de su maltratada piel. Amador Vega la vive en sus pliegues y en sus márgenes, en la pasión de su sufrimiento antiguo “que habita esta tierra y que encarna todo el pasado del alma humana”. Instalado en una de las pocas casas centenarias otomanas que quedan en el barrio de Ayn-al-Mraysseh, en la Rue Arsalan Sinno, la vida se desliza en el artificio de otra cotidianeidad que pronto acabará domesticada en los rituales repetitivos “de los gestos, los mismos pasos, la misma voluntad de no apartarse nada de esa singularidad que nos sostiene sobre el abismo de la vida”. La visita puntual al pequeño colmado Calimera para aprovisionar necesidades, la misma mesa en el café que bautiza como Casablanca frente al mar y en el Al-Dirwandi en la Avenue des Françaises... “De pronto los lugares se instalan en nosotros, de modo que ningún lugar anterior parece tener mayor realidad y, sin embargo, se trata de una ilusión concebida para poder sobrevivir al estado presente”.

Y está el país que recorre los fines de semana visitando recoletas iglesias maronitas, monasterios de culto melquita u ortodoxo, y enclaves eremitas, además de las dos escapadas a Siria y Grecia que, de forma sucinta, añade como epílogo; pero **Líbano** se lleva el protagonismo. **Nunca se ha repuesto del pavoroso conflicto de su Guerra Civil**. La reconstrucción vertiginosa que se llevó a cabo desde el 2000 sufrió un tajo inoportuno con la guerra del verano de 2006 entre Hezbollah y el ejército de Israel. Cuatro años después, cuando Amador Vega vuelve a Beirut, todo camina en una dirección, y las últimas trincheras de cierta burguesía maronita le parece que tienen los días contados, sobre todo la que puebla el barrio de Gemmayze en la capital, “un reducto de resistencia y modernidad occidentales frente a una sociedad que no puede ocultar el acoso de la estrecha moralidad religiosa de algunos sectores”. **Beirut sigue siendo un campo de batalla**, un escenario idóneo para la especulación que aletea sobre lo material y lo tangible, pero también sobre lo inefable y las angustias del espíritu: “La vida presenta un dolor que crece en la conciencia de apertura que desarrollamos en soledad. Es el dolor que acompaña a la misma gratuidad de vivir”.

La lectura de estas notas vividas en otro espacio y en otro tiempo nos deja en un asombro embelesado: el del vuelo del pensamiento en su viaje de ida y vuelta a las regiones del interior; el de una escritura a veces poética, otras desenfadada y siempre elocuente y sensible; el de la capacidad de extraer delicadamente de cada momento su esencialidad.

Más información de [Pilar Rubio Remiro](#)

